ENOJO DE FORTUNY, UNA NOCHE EN ROMA

Sí; tenían razón sus compañeros: parecía otro, más entero, más hombre. En verdad, él ya se notaba a sí mismo como cambiado, sentía algo nuevo en su temperamento; y no era menos cierto que al volver ahora a Roma hallábala distinta, mayormente solemne pero con nuevos atractivos también; y eso que su ausencia de la Ciudad Eterna fué sólo de unos meses, desde enero de este año de 1860 hasta ha poco, en las postrimerías del mismo. Y esto que podríamos llamar pequeño proceso psíquico obedecía al hecho de que él, Fortuny, durante su permanencia en Marruecos «vivió intensamente»; las acciones bélicas de que fué testigo y algunos episodios con los que estuvo vinculado relacionados con aquellas, le habían impresionado hondamente; además, Tetuán y otras poblaciones con sus plazuelas y callejas, y sus palacios, casas y casucas, tan característico todo, y las costumbres de moros y judíos, cuanto vió y admiró en el Rif, en fin, fué un mundo nuevo para él; más aún: la presencia del general Prim, su admirado compatricio victorioso, constituía algo de índole sentimental, afectiva, que le interesó de modo extraordinario, y Prim era para Fortuny como un héroe de leyenda. Todo esto pesaba pues poderosamente sobre su ánimo y era para él una suma de lecciones valiosísimas y fecundas.

Estaba ahora Fortuny en sus veintidos años de edad, y su manera de ser, serio y taciturno aunque sin mal humor y dispuesto siempre a la benevolencia, no era pose sino auténtico matiz de su carácter noble y sinceramente reflexivo. Se fijaba como nunca en todo lo relevante, considerando detenidamente cuanto de importancia veía, pero sin prodigar sus expansiones anímicas, guardando para sí sus emociones de artista que algún día dejaría puestas de manifiesto con sus lápices y pinceles. Y al incorporarse a sus tareas de estudio en Roma, después de haber permanecído unos días en París, que para su vida artística fueron muy provechosos, Fortuny encontraba la gloriosa Ciudad Papal llena de mayores encantos, especialmente en este sector predilecto de los artistas y escritores extranjeros, que preside la «Piazza di Spagna» y que lo constituyen la «vía del Babuino», «vía di Bocca di Leone», «vía Condotti», «vía Margutta» y otras calles inmediatas. Sobre todo admiraba el espectáculo incomparable de las escalinatas de la Plaza de España, con el adorno fragante de múltiples puestos de flores al cuidado de alegres y lindas vendedoras; el aliciente de los músicos acordeonistas situados en sus rellanos, que interpretan sentimentales árias de óperas famosas o románticas melodías napolitanas; y la nota curiosísima, colorista, de la anacrónica presencia de mujeres y hombres de distintas edades, todos ellos con indumentaria perteneciente a épocas, nacionalidades y condiciones diversas, un poco deslucidos los trajes, en espera, por su oficio de *modelo*, de ser escogidos para ir a posar para algún artista pintor. Conjunto todo éste palpitante de vida y de gracia, vigoroso de luz y de color, que a Fortuny placíale gozosamente. Y cuando cruzaba ante las monumentales escalinatas, sin acordarse nunca del número total de sus escalones, ciento treinta y siete, que siempre se le olvidaba..., decíase para sí, sin presunción pero con convicción íntima, con fe, que él lograría en su momento subir uno a uno los peldaños de la escala fantástica y real a la vez que conduce al triunfo, a la fama, a la gloria en el Arte.

Fortuny amaba la Plaza de España, pero más amaba aún la «vía Margutta» casi inmediata a aquella. ¡La «vía Margutta»!, tan típica, sencilla, alegre, popular, nido de academias, estudios y talleres frecuentados desde lejanos tiempos por sucesivas pléyades de futuros grandes artistas. En ella está la «Academia Chigi», este nombre en memoria del que fué gran protector de las artes y de las letras Agustín Chigi, que en el siglo quince enalteció extraordinariamente la ca-

tegoría de su ilustre familia, uno de cuyos descendientes sería elevado una centuria más tarde al Solio Pontificio con el nombre de Alejandro VII. Fortuny asiste fervorosamente a la «Academia Chigi», a recibir lecciones de dibujo.

Y otra calle dilecta del joven pintor reusense es la calle Condotti, que nace frente a la Plaza de España en dirección a la señorial «vía del Corso». En la Condotti, a mano derecha y a poco de empezar hay algo que para los jóvenes artistas es de un singular valor: el «Caffè Greco». Este café es el más antiguo y más famoso de Roma. Sentados en sus divanes pasaron horas agradabilísimas de tertulia, rodeados de sus amigos y admiradores, sucesivamente al correr de los lustros, Goldoni, Goethe, el poeta trágico Alfieri que vaticinaba la unidad italiana, Thorwaldsen, gran escultor danés, de la escuela neoclásica, Rossini, Liszt, Wagner, Luis II de Baviera y otros muchos insignes artistas y escritores y devotos de las Bellas Artes. Y aquí, en este simpático recinto del «Caffè Greco», están, un día al anochecer —para más precisar, el 22 de diciembre del año citado al principio, el 1860—, como tantos otros días a la misma hora, un grupo de españoles: Mariano Fortuny; Mariano Soriano, compositor, que preparaba una historia de la Música y el escultor Figueras, catalanes los tres; los pintores Eduardo Rosales, Vicente Palmaroli, Alejo Vera y Dióscoro Puebla; el poeta Amós Escalante; los agregados a la Embajada española Fernández de Velasco y Bález, y otros varios destacados compatriotas. De pronto, aparece inesperadamente otro español, el escritor Pedro Antonio de Alarcón, que es recibido con alborozo, y Fortuny de inmediato corre a abrazarle, pues con gratitud se acuerda de él, porque en Tetuán, Alarcón junto con Iriarte le ofrecieron hospitalidad en un bellísimo palacio moro que el general O'Donnell había puesto a su disposición, aunque Fortuny prefirió entonces continuar viviendo en los barrios humildes más llenos de tipismo. Alarcón acababa de llegar de Roma, «en viaje de placer».

Unos días más tarde, dentro del mismo mes de diciembre, este grupo de españoles, unos veinte o veinticinco, acude por tres noches consecutivas a aplaudir el arte de una gran cantante andaluza, Pepa Cruz, artísticamente conocida por «La Gassier», por el apellido de su esposo, artista también. Actuaba en el Teatro Valle, protagonizando superiormente «La sonambula», de Bellini. Cada noche, un frenesí de entusiasmo apoderábase de los españoles ante las excelencias artísticas de Pepa Cruz, a la que vitoreaban con vehemencia, en español, y la gran cantante se sentía complacidísima.

Una o dos noches después concurren al Teatro Alibert, situado en el «vícole» del mismo nombre, primera bocacalle que desde la «vía del Babuino» conduce a la «vía Margutta», junto mismo a la Plaza de España; el viejo Teatro Alibert, en el que por primera vez en Roma se dejó cantar a las mujeres, pertenece al segundo Príncipe de Torlonia, Alessandro; ya el padre de éste, Giovanni, habíase prodigado como decidido bienhechor del arte operístico adquiriendo en sus tiempos el Teatro Apolo; su hijo Alejandro, convirtióse a su vez en efectivo mecenas, adquiriendo el Teatro Alibert y algún otro. Y la presencia colectiva del grupo español en el Ceatro Alibert en esta noche débese a la representación de una obra titulada, nada menos, «Presa di Tetuán», por conocer la cual todos se sienten muy interesados, principalmente Fortuny y Alarcón. Y es esta noche, es en esta ocasión cuando Fortuny se enoja, y con él sus compañeros, a medida que ven aparecer en escena personajes que representan sin la debida dignidad a Ros de Olano, a O'Donnell, ¡a Prim!, los héroes de Marruecos, participando en una mezcla de ballet y pantomina de argumento endeble y arbitrario, relacionado con la toma de Tetuán por las tropas españolas. A Fortuny le disgusta tanto la rara versión escénica de aquello que para él había tenido y tiene aún tan extraordinario valor, que no puede aguantar más y se marcha del teatro, en actitud de protesta, que comparten sus camaradas, excepto tres o cuatro que por acuerdo de todos se quedan «para ver como termina la obra».

Al salir a la calle, el encanto de la noche iluminada por la luna que iniciaba su curso hacia el menguante, calma un poco el enfado de todos. Alguien propone subir por las escalinatas de la Plaza de España, y se acepta, mientras continúan los comentarios de censura a la obra teatral. Algunos del grupo se lanzan de súbito a correr escaleras arriba, a ver quien alcanza más y antes...; se fatigan pronto. Al fin, llegan todos a lo alto, junto al templo de la «Trinita dei Monti», y asómanse displicentes a la gran balaustrada, de cara a la vieja Roma bañada de la claror lechosa de la luna, ondulante cinta de plata el Tiber. Y en estas circunstancias invitantes a la evocación y a la confidencia, Mariano Fortuny, cuyo enojo ha aplacado la belleza de la noche, ante el espectáculo delicioso de la urbe sumida en silencio, ahora, por primera vez y espontáneamente, (cuando en tantas ocasiones había eludido los ruegos insistentes de sus amigos), con voz queda, cálida, que paulatinamente aumenta de tono y expresión, comienza a referir las mejores emociones de sus jornadas marroquíes.

Al final, ya nadie se acuerda del incidente del Teatro Alibert, porque cada uno de los españoles tiene puesto el pensamiento y la ilusión en todo aquello que Fortuny acababa de narrarles con frases apasionadas, sarta maravillosa de evocaciones vehementes.

Salvador Sedó Llagostera

PRIMAVERA VE

Primavera ve, amb esclats de festa,
xarroteig d'ocells i perfum de Roses,
l'ametller atrevit te les flors descloses
i pels margenals brosta la ginesta.

Tot sembla tenir aires de conquesta,
canta el rossinyol i també l'alosa;
canta el rierol amb la boca closa
quan s'escola humil entre la floresta.

Primavera ve, com una alenada
de prometedors jorns de benaurança,
lluïnt sos tresors com núvia enjoïada.

En el bosch i el camp tot sembla somriure,
tot gaudeix l'encis de nova esperança.
Natura fulgent canta el goig de viure.

Joan Besora Barberà